

## José M<sup>a</sup> Saussol, *Las respuestas del agua*, Córdoba, Ed. Séneca, 2010.

Benito Acosta

Después de años dedicados a la labor docente, José M<sup>a</sup> Saussol, profesor de Lingüística Española en las Universidades de Bolonia y Trieste, pionero de los estudios de lingüística aplicada a la enseñanza del español a italianos<sup>1</sup>, nos sorprende ahora con la entrega de su primera novela, *Las respuestas del agua*, escrita íntegramente en Italia, desde donde, transcurridos 40 años de permanencia, rememora – con dejes de una nostalgia presente en la obra – la lejana Extremadura.

Si consideramos este texto como «unidad de intención», está claro que el proyecto de Saussol ha sido el de analizar las características profundas de la sociedad extremeña – y española – de 1936 a 1946, en sus varios niveles, confiriendo a esta novela carácter de documento de época. La atención del autor se centra en las injusticias del periodo posbélico, más patentes en el sector rural; todo ello presentado de modo tan original como expresivo, a través de la mirada inocente de un niño: Juanín.

De familia acomodada, lo vemos crecer en escenarios que no sólo son variados, sino contrapuestos. En ellos va descubriendo unos mundos que no sabe cómo conjugar para que cada pieza tenga su sitio apropiado: el mundo de su familia, sus padres, su abuela materna, logrado retrato de autoritaria y absorbente dama, esperpento con pretensiones de sangre azul; el de las buenas monjitas de colegio de pago que, sin proponérselo, le infunden la idea de que las aguas del mar responden a las preguntas más difíciles (misterio, el del mar, telón de fondo de toda la obra); el mundo de lo divino, en conflicto con la realidad como él la advierte, pero que unido a los propios sentimientos, al final lo llevan a la más generosa de las renunciadas; el mundo del sexo, tras unas experiencias que lo llenan de deseos insatisfechos, perplejidades y angustia, seguidas del terror a la castración, como cruel e inexplicable exigencia de la divinidad (uno de los símbolos a los que Saussol recurre en su jugosa crítica a esos católicos milagreros, intransigentes a ultranza y, con palabras de A.

---

<sup>1</sup> Véanse, entre las obras de José M<sup>a</sup> Saussol, *Ser y estar. Orígenes de sus funciones en el «Cantar de Mio Cid»*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1977 (citado por R. Lapesa en su *Historia de la Lengua Española*); *La glotodidáctica, «ἐνέργεια y ἐργον»*, Imola, Galeati, 1979 (con reseña de F.R. Adrados en *Revista Española de Lingüística*, 10, 2, págs. 480-482); *Fonología y fonética del español para italófonos*, Padova, Liviana, 1983; *Las consonantes oclusivas del español y el italiano. Estudio contrastivo*, D.S.L.I.T., Università di Trieste, 2001. Entre sus artículos y ensayos, recordaré: «Don Perlimplín y Cyrano: el triángulo amoroso», en *Cuadernos del Lazarillo*, 15, págs. 28-33, (1998); «Anotaciones sobre las vocales del español y el italiano», en *Un hombre de bien. Saggi di lingue e letteratura iberiche in onore di Rinaldo Frolidi*, Alessandria, Edizioni dell'Orso, págs. 465-483 (2004). y «El seseo-ceceo y su enfoque en lingüística aplicada», en *En memoria de M.C. Sánchez Montero*, D.S.L.I.T., Università di Trieste, págs. 495-510 (2006).

Machado «devotos de Frascuelo y de María»); el mundo de la “gitana” Pitusa, su tata, entrañable personaje que le va revelando aspectos inquietantes de la vida de la pobre gente; el mundo de mozas campesinas, pastores, porqueros, muleros, hortelanos, guardas jurados, obreros... Y el mundo de la naturaleza, identificada en el paisaje rural extremeño, respirado pájaro a pájaro, bajo el sol inclemente del estío, a la umbría de los encinares o en el cortijo, techo privilegiado, protector de la siesta canicular, en violento contraste con la realidad del chozo, morada de los amigos pastores de Juanín, hecha de ramajes y fusca.

Sigue el lector el crecimiento de un niño perplejo ante realidades tan heterogéneas que le sugieren preguntas sin respuestas, circunstancia que lo llevan a situaciones surrealistas, con ápice en la experiencia onírica del capítulo 19, «Postrimerías», tal vez el más original de todo el libro, pletórico de luminosa ironía; concebido como pieza teatral, se estructura a base de canciones infantiles, esas modestas cantilenas, banda sonora de nuestra infancia que, desde el subconsciente, aligeran el peso de los pensamientos, a menudo poco letíficos, de adultos y ancianos. Se trata, además, de un capítulo esencial en el desarrollo de la trama, pues en él se fragua la determinación de Juanín de apelar hasta a recursos extremos, con tal de abatir, émulo del Hidalgo de la Mancha, sombras e injusticias.

Saussol narra y describe todo ello sin que se le detecten, en el plano del contenido, fuentes específicas, diversas de sus propias experiencias, enriquecidas por la fantasía, a la luz del patrimonio literario común; en el formal, además de la estructura en capítulos concebidos como unidades completas en sí –de ahí sus títulos–, se le pueden advertir ecos tanto de los clásicos castellanos como de autores que sin duda conoce: la prosa poética modernista de G. Miró, la de J.R. Jiménez en *Platero y yo*, el teatro de F. G<sup>a</sup> Lorca (*Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín*) y su poesía, junto con la de A. Machado y L. Chamizo; las novelas de C. J. Cela, M. Delibes (sobre todo *El camino*, *El príncipe destronado* y *Cinco horas con Mario*), el contemporáneo L. Landero, extremeño también, y autores italianos, como Carlo Levi (*Cristo si è fermato a Eboli*), Ignazio Silone (*L'avventura di un povero cristiano*) e Italo Calvino (*Il barone rampante*).

A la ironía que anima la novela, se le une el marcado humorismo, recurso tal vez para mitigar la desolación ante los resultados de la enseñanza de época y las represiones de régimen. Mas el realismo desenfadado convive con la expresión lírica que también caracteriza toda la obra. El apego del autor al paisaje de la dehesa extremeña, se manifiesta sea en su visión poética, sea en el dominio del léxico –ya normativo, ya dialectal–, relacionado con la tierra que describe. Discurre su prosa con la rítmica sucesión de descripciones, relatos y diálogos, en los que se destaca el habla extremeña de unos personajes, vivos ante el lector, cuya extracción social presupone el uso de modos dialectales extremeños («hoy en franco retroceso, si no en manifiesta desaparición», pág. 138), junto con registros del español culto, estándar, conversacional, familiar, vulgar y hasta soez, consciente el autor de que todos ellos integran el variopinto caudal de la lengua.

Pero en armonía con la locución italiana *dalle stalle alle stelle*, otra característica formal de esta novela es el uso premeditado de la métrica. Puede ser que el lector, para su deleite quizás, advierta en la prosa de Saussol ritmos inusitados en la escritura corriente, y que se deben sobre todo a la frecuente presencia,

aquí y allá, de endecasílabos, heptasílabos y otros metros, no sólo aislados –a la manera de novelistas como J. Cortázar–, sino en párrafos enteros (cfr. el soliloquio de Don Basilio, págs. 83-84 y la descripción de los caminos del agua, págs. 346-347, donde los versos se adecuan respectivamente ya a la intención irónica del autor, ya a la expresión lírica). Quizás esta circunstancia haya movido a algún crítico – sin dejar de tener algunos de su parte – a calificar tal recurso de «anticuado», pues «la prosa poética, la retórica, son obsoletas en la narrativa de hoy»; apreciaciones prototípicas del momento, a menudo usadas por aquellos editores que prefieren horriblos –pero premiados– *best sellers*, con frecuente rechazo de creaciones literarias de altos vuelos... de dudosa salida comercial. Por mi parte, estimo que a nadie se le ocurre desdeñar una exquisita torta de Alcoy porque su receta es anterior al siglo XIX... y añadido, además, que la prosa de Saussol es una novedad en el entorno de la narrativa contemporánea, donde puede resultar ardua la empresa de hallar casos paralelos; de modo que la observación del crítico «hoy nadie escribe así», además de acertada, es un cumplido.

Aunque mis opiniones sobre la obra reseñada arrojen un balance muy positivo, me mueve a segundos pensamientos el hecho de que, en las págs. 138-140, el autor se ocupe de un sucinto análisis erudito sobre el extremeño en su modalidad dialectal, para mí algo fuera de lugar en una novela, aunque excusable si consideramos la condición de lingüista del narrador; “lección magistral”, en fin, útil de todos modos a lectores estudiosos, interesados en dialectología. Por otra parte, se sabe que la novela es género que lo admite casi todo, con tal de que los autores se ocupen de poner en el puchero ingredientes de calidad, requisito realizado con escrúpulo por Saussol en *Las respuestas del agua...*